

MARINETTI



Maurizio Serra

MARINETTI
Retrato de un revolucionario

Prólogo de
Juan Bonilla

Traducción de
Ester Quirós Damiá

fórcola
Siglo XX

Siglo XX

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Marinetti con su esposa Benedetta Cappa en la casa romana
Villa Adriana, c. 1932. Al fondo, su *Ritratto psicologico*,
pintado por Fortunato Depero

Título original:

Marinetti et la révolution futuriste

© Maurizio Serra, 2021

© Del prólogo, Juan Bonilla, 2021

© De la traducción, Ester Quirós Damiá, 2021

© Fórcola Ediciones, 2020

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-30-2021

ISBN: 978-84-17425-81-4

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

MARINETTI
Retrato de un revolucionario

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre los modernos bárbaros

1. *Del cuartel a la «masa abierta»*

Debemos a Anatole France, el cantor de una Tercera República amenazada por la decadencia, algunas páginas proféticas acerca del malestar espiritual que culminaría en la Gran Guerra. El tomo segundo de un ciclo narrativo suyo de finales del siglo XIX empieza con un diálogo entre un viejo erudito, el señor Bergeret, y un coleccionista y patriota napolitano, el comendador Aspertini. Pasan del arte a la política, y resulta que están de acuerdo sobre el hecho de que «si no estuviese toda Europa acuartelada, estallarían insurrecciones como en otros tiempos, ya en Francia, ya en Alemania, ya en Italia». No son propuestas reaccionarias sino de un escéptico sentido común, como en el estilo de France. El sentido común encierra una lección de humildad frente a las pasiones que han devastado el continente y se preparan para devastarlo de nuevo.

La *caserne*, la ordenación determinada por el triunfo prusiano de 1870-1871, todavía tiene bajo control «las energías ignoradas que de tarde en tarde produjeron alguna sublevación y desempedrarón las calles de la capital». La humilde carrera en el ejército en tiempos de paz frena el ímpetu de las nuevas generaciones: «El grado de sargento [...] es un aliciente para invertir

la energía de los jóvenes héroes que, libres y arrastrados por sus impulsos, hubieran construido barricadas donde ofrecer un desgaste a sus bríos». Pero ¿durante cuánto tiempo? La guerra separa a los vencedores de los vencidos: no es algo que sorprenda a los dos amigos, estudiosos de la Antigüedad. Pero de las guerras modernas se derivan «consecuencias infinitas»; los vencedores ambicionan también la primacía espiritual; desconsolado, Bergeret observa:

[...] no se avienen a seguir la escuela de los vencidos. Para estar acreditado un profesor que nos habla de los caracteres del arte egipcio o los orígenes de las porcelanas griegas debe pertenecer a la nación que fabrique mejores cañones.

Aspertini trata de darle ánimos, enumera las deudas que el mundo ha contraído con Francia; pero como buen heredero del Risorgimento, se compadece de la frívola hermana latina: «Si el alma francesa no vibra ya en el alma de otras naciones, ni hace latir con su ritmo el corazón de toda la Humanidad, es porque los franceses ya no son los apóstoles de la justicia y de la fraternidad [...]. Nunca digáis que vuestras desgracias provienen de las derrotas. Decid que provienen de vuestras culpas».

La idea de la *décadence* se desarrolla a partir del trauma de la patria mutilada por el enfrentamiento cultural. Para France, espíritu mucho más abierto de lo que sus tiempos podían admitir, la alternativa al enfrentamiento sólo podía darse desde la renuncia

a cualquier tipo de fanatismo. Los hombres de buena voluntad saben que existen épocas para el combate, y otras para el retiro y la espera. En este diálogo, había un sobreentendido pesimista, pero de un pesimismo tolerante. Bergeret sabía mostrarse por encima del adulterio urdido por la ajada consorte, y al mismo tiempo no malgastaba energías contra las traiciones de la historia y las miserias de la política¹.

El pesimismo dejaba traslucir una Francia tolerante sólo en apariencia, entre los siglos XIX y XX, y estaba destinado a influir en el debate entre pasado y presente, conservadurismo y progreso, tradición y modernidad respecto a todo el continente. Parecía que la cuestión social hubiese tomado la delantera respecto a la nacional, pero en el fondo no era así. Otro ejemplo lo proporcionan las novelas de Alphonse Daudet, por entonces muy leídas y difundidas. Junto a Maupassant, Daudet había sido el mejor intérprete del sacrificio, del heroísmo involuntario de la «gente humilde», que se vio arrastrada por la caída del Segundo Imperio y la invasión prusiana. Después, perdiendo en parte la frescura de las primeras obras, pasó a realizar oscuras estampas de ambientes medio-altos, enfermos de especulación, de misticismo, de neurastenia, males que estaban extendiéndose a las raíces sanas del pueblo².

¿Dónde estaba el país seguro de sus propias raíces, el país del *terroir*, de la religión laica del deber? El hijo de Daudet, Léon, se convertirá en el mayor representante, junto a Maurras, de Action Française, adalid de la intransigencia germanófoba y xenófoba, enemigo de la penetración extranjera, hebraica, masónica,

protestante, que «hibridaba» y envilecía a la nación. Para Daudet y Maurras, la República era el mal porque, nacida de la derrota, constituía el símbolo de ésta. Los llamamientos al legitimismo promovían una representación mítica de la Francia «profunda», que desembocará, después de dos guerras, con muchos compromisos y muchas ilusiones, en la restauración de Vichy. Entretanto, la sombra de la crisis del siglo xx –la herida de la modernidad–, el malestar del individuo abandonado a sí mismo frente a la historia traidora, se proyectará en el hogar de Daudet. El hijo de Léon, Philippe, un joven prodigio, desaparecerá en el oleaje de la conspiración terrorista y, quizá, de la rebelión contra el padre³.

La sensación de *décadence* se percibía con la misma intensidad en la izquierda. Nacía del hecho de que no hubiera comparación posible con el espíritu de 1789, con el prestigio de la Francia revolucionaria y napoleónica, que había asegurado al país la supremacía en el continente y en el mundo, frustrando las ambiciones alemanas. La rivalidad entre las dos naciones y las dos culturas se había transformado en el centro de un conflicto que estaba latente en Europa. Éste marcará la transición de la edad de los imperialismos a la ideología de una regeneración del Viejo Mundo a sangre y fuego⁴.

En Alemania, la rivalidad se alimentaba de las celebraciones populares de la victoria, los *Sedanstage* y las *Sedansfeste*, o del *Heroenkult* guillermino. Fenómenos que obedecían al propósito de poner los cimientos de un Estado nacido de una larga historia

fragmentada, que estaba llamado a reconocerse en las características prusianas de orden, disciplina y frugalidad. El viraje dado por el joven emperador en la década de 1890 fue determinante en el plano de los símbolos del poder y de la percepción de los mismos en el extranjero, pero no era de la naturaleza totalitaria en el sentido que el siglo xx dará al término. Guillermo II se había alejado de la herencia de sus predecesores, había rechazado las admoniciones de Bismarck y rehusado el objetivo de la prudencia y el realismo de las tradiciones prusianas. Pero una cosa eran las veleidades del monarca, y otra los hechos que se le podían imputar. Lo guiaba mucho más un complejo de superioridad-inferioridad hacia Inglaterra que un odio violento respecto a Francia. ¿Era él, el káiser, el único responsable del deseo que emanaba de los diversos estratos de la sociedad? ¿El de una gran potencia económica, de la única nación en el continente (dejando Rusia aparte) dirigida por los mitos de la Fe y de la Autoridad, de no quedarse atrás en el plano de la política industrial, colonial y naval, escapando a la llamada del destino⁵?

Al final de la Gran Guerra, Walther Rathenau se preguntará qué habría representado para el inconsciente colectivo la imagen del emperador, «vencedor del universo, que desfila bajo la puerta de Brandeburgo, escoltado por paladines que van montados sobre blancos corceles». Apoteosis del mito encarnándose en la historia, triunfo de una dinastía y de un pueblo elegido, regeneración de Occidente: «La historia del mundo hubiera perdido todo significado»⁶.

En nuestra opinión, es una de las representaciones más impresionantes de la herida de la modernidad. El sueño de Guillermo II no conseguirá imponerse a la historia, haciéndola coincidir con el mito. El emperador no dejará demasiada huella en su propia época y saldrá de escena con su abdicación, en 1918. Casi veinte años después, Hitler y Churchill competirán en vano por obtener la adhesión de un anciano que, ante los tumultos del nuevo conflicto mundial, cerrará las puertas de su retiro holandés y se apagará en silencio. El guillermismo es una variante del romanticismo tardo-wagneriano y una reacción a la impronta bismarckiana, sin influencias directas en la revuelta de los modernos bárbaros.

Para algunos excombatientes resultaba intolerable que justo hubiera sido Rathenau el que pronunciara aquel adiós al imperio. El exponente del capitalismo cosmopolita, el que fuera un hombre de confianza del káiser, se convertía en el defensor de una nueva Europa, que para Alemania implicaba el reconocimiento de la derrota. El alemán universal, detrás del cual se ocultaba el judío errante, se atrevía a decir que la historia *no* había acabado: guardaba una lógica que prevalecía sobre el mito. Había que luchar por la reconciliación, unir a vencedores y vencidos, norte y sur, este y oeste. Rathenau: un aristócrata del mundo de ayer y un tecnócrata de la racionalización productiva, que se inspiraba en Petrarca y como él iba gritando «paz, paz, paz». Éstas fueron las palabras con las que Rathenau acabó su discurso final en la Conferencia de Génova de 1922, que debía resolver, y no resolvió, las tensiones nacidas tras Versalles.

Von Salomon ha narrado fríamente las fases del complot contra el único gran estadista, junto con Stresemann, de la República de Weimar. El espejismo del emperador a caballo ejerció una fascinación hipnótica en el principal autor del atentado contra Rathenau, Kern, un exoficial proscrito: «La historia no habría tenido sentido», dice Kern, dirigiéndose a sus cómplices, «si hubiera escogido como protagonistas de sus momentos decisivos a las mismas figuras que no han estado a la altura de las pruebas que ellas mismas habían puesto»⁷. La fidelidad al soberano, símbolo de la derrota, aquí sólo es un pretexto. Como tantas otras veces ha pasado en la historia, antes y después de entonces, la víctima elegida es, a ojos de su verdugo, el mejor: el guía hacia un futuro que infunde temor.

La rivalidad franco-alemana tendrá consecuencias fatales en la agonía de la Tercera República y en el advenimiento de Hitler, sin parangón con el post Sedán. Es una confirmación del sesgo de ruptura conatural a la Gran Guerra. A primera vista, hay flujos y reflujos inevitables entre los dos períodos, igual que en la puesta en escena ritual de los fastos y los desastres nacionales. El Tratado de Versalles, con la cláusula de la responsabilidad moral de Alemania, tendrá su correspondencia en la ceremonia en la Galería de los Espejos, también en Versalles, y en el nacimiento «culpable» del Segundo Reich sobre las ruinas de una Francia prostrada. La orquestación del armisticio de Rethondes, el 22 de junio de 1940, será idéntica, esta vez por imposición de los alemanes, a aquella que ellos habían tenido que soportar, en el mismo lugar y

en el mismo vagón de tren, el 11 de noviembre 1918. Pero, como veremos después, con respecto a Goethe y a Nietzsche, la imagen del enemigo todavía no se había radicalizado en el arquetipo del mal. El siglo XIX burgués había llegado a su fin con muchas tensiones aún sin resolver, pero con una fe esencial en la resistencia de la civilización. El siglo XX rechaza la posibilidad de racionalizar y de circunscribir la naturaleza del conflicto. Desde este punto de vista, el totalitarismo es hijo de la modernidad.

No habían faltado las tentativas de librar a la guerra del 1914-1918 de los excesos de las pasiones opuestas. Es el caso de un interesante trabajo de George Santayana sobre los rasgos del «egotismo» teutónico. El autor, hoy día casi olvidado por completo, era un poeta y filósofo hispano-estadounidense que había crecido entre Boston y Harvard, en un clima de reacción místico-vitalista a la *décadence* europea, por la cual, sin embargo, se sentía fuertemente atraído. Alumno de Simmel en Gotinga a finales de la década de 1890, famoso dantista, más tarde cercano al Bridges que fue poeta oficial de los *college* ingleses y autor del celebrísimo *Testament of Beauty*, Santayana se reveló como un adversario tenaz y brillante ya fuera tanto del positivismo como del idealismo de Croce. La guerra acabó con sus certezas solitarias de esteta y de asceta. Al margen de alguna poesía dedicada a la fascinación viril de los jóvenes caídos, la contienda le inspiró el ensayo sobre el «egotismo», que fue sin duda una contribución original al pensamiento. El libro, escrito entre 1915-1916, fue traducido en Francia, con un

prólogo de Émile Boutroux en 1917 (en Italia, apareció tres años después) y con el título bastante limitativo de *L'erreur de la philosophie allemande*.

En la obra, el autor pasaba revista a los rasgos fundamentales del germanismo: «Subjetividad del pensamiento y voluntad absoluta de la moral». Iba más allá de los presupuestos del revanchismo germanófilo, afirmando que el culto al Yo, desde Goethe a Nietzsche y a los modernos, era fruto de una inspiración monolítica. Sin embargo, los propios Maurras, Daudet o Barrès trataban de poner de relieve una corriente antiprusiana en la cultura alemana, la única que salvar y revitalizar en la posguerra.

Santayana se movía en un ámbito de mayor claridad especulativa. Reconocía que el subjetivismo había creado una fe colectiva, origen de un fuerte sentido del deber. La fe podía ser errónea, moralmente repugnante, pero el sentido del deber tenía que entenderse y respetarse: hacía que una nación avanzara de manera unánime, le señalaba objetivos superiores a las necesidades y a los sacrificios de cada cual. En la obra había lugar para la reflexión, entre líneas, sobre la evolución paralela de Francia, con sus desgarros del tejido social y las secuelas del boulangismo o del caso Dreyfus. La centralidad del papel de la Providencia en la doctrina alemana del Estado asignaba a la historia «una trama determinada, en la que una nación mantiene un papel privilegiado». Un forzamiento capaz de transformar la «teoría protestante racionalizada» en el «heredero del espíritu judío», fundamento de la civilización occidental.